

ENSAYOS



LA NUEVA VULGATA PLANETARIA**Pierre Bourdieu*

Los militantes que se consideran progresistas ratifican a su manera la nueva lengua americana al fundar sus análisis en términos como “exclusión”, “minorías”, “identidad”, “multiculturalismo”. Y por supuesto, la “mundialización”.

En los países desarrollados, patronos y altos funcionarios internacionales, intelectuales de los medios y periodistas de alto vuelo, se han puesto de acuerdo para hablar con una lengua extraña cuyo vocabulario, aparentemente sin origen, está en boca de todos: “mundialización” y “flexibilidad”; “governabilidad” y “empleabilidad”; “*underclass*” y “exclusión”; “nueva economía” y “cero tolerancia”; “comunitarismo” y “multiculturalismo”, y sus primos “posmodernos”, “etnicidad”, “identidad”, “fragmentación”, etc.

La difusión de esta nueva Vulgata planetaria —es notable la ausencia de capitalismo, clase, explotación, dominación, desigualdad, y tantos otros vocablos revocados perentoriamente, so pretexto de obsolescencia o de una presunta impertinencia— es producto de un imperialismo estrictamente simbólico. Los efectos son más poderosos y dañinos debido a que se trata de un imperialismo guiado, de un lado, por los partidarios de la revolución neoliberal, para quienes la imagen de la modernización permite rehacer el mundo, y dejar a un lado las conquistas sociales y económicas que nos costaron cerca de cien años de luchas sociales, y sin embargo, innecesarias como tantos arcaísmos y obstáculos ante el nuevo orden naciente; y de otro lado, por los productores culturales (investigadores, escritores, artistas) y militantes de izquierda que, casi siempre, se consideran progresistas.

Como en la dominación de género o de etnia, el imperialismo cultural es una violencia simbólica que se apoya en una relación de comunicación hecha para adornar la sumisión y cuya particularidad consiste en que universaliza los particularismos relacionados con una experiencia histórica singular, de modo que son desconocidos en tanto que particulares, pero reconocidos como universales¹.

Es así como, al igual que en el siglo XIX, varias preguntas consideradas filosóficas, como el tema spengleriano de la “decadencia”, fueron debatidas por toda Europa, encontrando su origen en las particularidades y los conflictos históricos propios al universo singular de los estudiantes universitarios alemanes² así mismo, hoy son varios los tópicos

* Artículo publicado en el dossier ‘L’Amérique dans les têtes’, en *Le Monde*. Mayo de 2000. Traducción: Fabián Sanabria y Guillermo Vargas.

¹ Aclaremos de una vez que los Estados Unidos no tienen el monopolio de pretender lo universal. Varios países más —Francia, Gran Bretaña, Alemania, España, Japón, Rusia— han ejercido o se esfuerzan aún por ejercer, en su esfera de influencia, formas de imperialismo cultural semejantes en todos los aspectos. Hecha esta precisión, sin embargo, por primera vez en la historia, un solo país está en posición de imponer su punto de vista del mundo, al mundo entero.

² Cf. Fritz Ringer, *The Decline of the Mandarins*, Cambridge University Press, Cambridge, 1969.
Digitalizado por RED ACADEMICA

directamente salidos de las confrontaciones intelectuales relacionadas con las particularidades y particularismo de la sociedad y con las universidades americanas que se imponen, bajo exteriores aparentemente deshistoricizados, al conjunto del planeta.

Estos lugares comunes, con un cierto sentido aristotélico de las nociones o de las tesis con las que se argumenta, pero sobre las cuales no se argumenta, deben lo esencial de su poder de convicción al prestigio concedido al lugar del cual emanan, y al hecho de que, al circular por un flujo extendido, desde Berlín hasta Buenos Aires y desde Londres hasta Lisboa, tienen presencia en todas partes al tiempo, y en todas partes están poderosamente relevadas por esas instancias supuestamente neutras del pensamiento neutro que son los organismos internacionales —Banco Mundial, Comisión Europea, Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE)—, las “cajas de ideas” conservadoras (Manhattan Institute de New York, Adam Smith Institute, en Londres; Deutsche Bank Fundafion, en Francfurt, y la ex fundación Saint-Simon, en Paris); las fundaciones de filantropía, las escuelas del poder (ciencia política en Francia; la London School of Economics, en el Reino Unido; la Harvard Kennedy School of Government, en Norteamérica, etc.), y los *mass media*, irremplazables dispensadores de esta *lingua franca* maestra, bien hecha para darle a los editores impacientes y a los especialistas urgidos de importación-exportación cultural, una ilusión de ultramodernismo.

Además del efecto automático de la circulación internacional de las ideas, que tiende por su lógica propia a ocultar las condiciones y las significaciones originales³, el juego de las definiciones previas y de las deducciones escolásticas reemplaza la apariencia de la necesidad lógica por la contingencia de las necesidades sociológicas denegadas, y tiende a enmascarar las raíces históricas de todo un conjunto de preguntas y nociones —la “eficacia” del mercado (libre), la necesidad del reconocimiento de las “identidades” (culturales)—, o incluso la reafirmación —celebración de la “responsabilidad” (individual)— que decretaremos filosóficas, sociológicas, económicas o políticas, según el lugar y el momento de la recepción.

A escala planetaria, mundializados, en el sentido estrictamente geográfico, al igual que desparticularizados, estos lugares comunes que la repetición de los medios transforma en sentido común universal, consiguen llevar al olvido que a menudo sólo expresan, bajo una forma confusa y desconocida, incluso para quienes la propagan, las realidades complejas y contestadas de una sociedad histórica particular, tácitamente convertida en modelo y en medida de todas las cosas: la sociedad americana de la era *posfordista* y *poskeynesiana*. Este superpoder único, esta Meca simbólica de la Tierra, se caracteriza por el desmantelamiento deliberado del Estado social y del hipercrecimiento correlativo del Estado penal, la destrucción del movimiento sindical y de la dictadura de la concepción de empresa, fundada solamente sobre el “valor-acción”, y sus consecuencias sociológicas, la generalización del salario precario y de la inseguridad social, constituida como motor privilegiado de la actividad económica.

Y es así como se da, por ejemplo, el debate confuso y flojo alrededor del “multiculturalismo”, concepto importado a Europa para designar el pluralismo cultural en la esfera cívica, mientras que en Estados Unidos designa, en el movimiento mismo que lo

³ Pierre Bourdieu, “Les conditions sociales de la circulation internationale des idées”, *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte*, 14-1/2, Heidelberg, 1990, pp. 1-10.

enmascara, la continua exclusión de los negros y la crisis de la mitología nacional del “sueño americano”, de la “oportunidad para todos”, correlativa a la bancarrota que afecta el sistema de educación pública en un momento en el cual la competencia por el capital cultural se intensifica, y cuando las desigualdades de clase crecen de manera vertiginosa.

El adjetivo “multicultural” oculta esta crisis al aislarla artificialmente el microcosmos universitario y al expresarla dentro de un registro ostensiblemente “étnico”, mientras que su verdadero interés no es el reconocimiento de las culturas marginalizadas por los cánones académicos, sino el acceso a los instrumentos de (re)producción de las clases media y alta, como Universidad, en el contexto de una falta de compromiso activa y masiva Estado.

El “multiculturalismo” norteamericano no es ni un concepto, ni una teoría, ni un movimiento social ni político —aunque pretenda ser todo esto a vez. Es un discurso de pantalla, cuyo estatuto intelectual proviene de gigantesco efecto de *allodoxia* nacional e internacional⁴, que engaña tanto quienes participan como a quienes no. Es entonces un discurso norteamericano, aunque se piensa y se define como universal, en tanto expresa contradicciones específicas de la situación de los universitarios que, desprovistos de todo acceso a la esfera pública y sometidos a una fuerte diferenciación en su medio profesional, no tienen otro lugar donde invertir su libido política, sino en las querellas de *campus* disfrazadas de epopeyas conceptuales.

Es decir, que el “multiculturalismo” lleva a todas partes donde se exporta los tres vicios del pensamiento nacional norteamericano, a saber: a) *El “grupismo”*, que reifica las divisiones sociales canonizadas por la burocracia de Estado como principios de conocimiento y de reivindicación política; b) *El populismo*, que reemplaza al análisis de las estructuras y los mecanismos dominación, a través de la celebración de la cultura de los dominados y de su “punto de vista” elevado al rango de proto-teoría; c) el *moralismo*, que se convierte en obstáculo para la aplicación de un sano materialismo racional en el análisis del mundo social y económico, condenando a un debate sin fin ni efectos alrededor de un necesario “reconocimiento de las identidades” mientras que, en la triste realidad de todos los días, el problema no se encuentra de ninguna manera a este nivel⁵. Mientras que los filósofos atragantan doctamente con un “reconocimiento cultural”, decenas de

millares de niños provenientes de clases y etnias dominadas son rechazados en las escuelas primarias por falta de cupo (sólo en la ciudad de Los Ángeles, eran 25.000 este año), y uno de cada diez jóvenes hijos de empleadas domésticas, que ganan menos de :15.000 dólares al año, acceden al *campus* universitario; en cambio, ingresa el 94% de los niños de familias que disponen de más de 100.000 dólares.

Una demostración parecida podría hacerse con el concepto fuertemente polisémico de “mundialización”, que tiene por efecto y no por función disfrazar de ecumenismo cultural o de fatalismo económico los efectos del imperialismo norteamericano, y de aparentar la relación de fuerza transnacional como una necesidad natural. Luego de un retorno simbólico hacia la naturalización de los esquemas del pensamiento neoliberal, cuya dominación se ha impuesto desde hace veinte años gracias al trabajo de los *think tanks*

⁴*Allodoxia*: el hecho de tomar una cosa por otra.

⁵Pas plus que la mondialisation des échanges matériels et symboliques, la diversité des cultures ne date de notre siècle puisqu'elle est coextensive de l'histoire humaine, comme l'avaient déjà signalé Emile Durkheim et Marcel Mauss dans leur “Note sur la notion de civilisation” (Année *sociologique*, N^o. 12, 1913, pp. 46-50, vol. III, Editions de Minuit, Paris, 1968).

conservadores y de sus aliados en los campos político y periodístico⁶, la remodelación de las relaciones sociales y las prácticas culturales conforme al patrón norteamericano, ocurridas en las sociedades desarrolladas a través de la pauperización del Estado, la mercantilización de los bienes públicos y la generalización de la inseguridad salarial, ha sido aceptada con resignación como el resultado lógico de las evoluciones nacionales, aunque no sea celebrado con un entusiasmo *gregario*. El análisis empírico de la evolución de las economías avanzadas a larga duración, sugiere mientras tanto que la “mundialización” no es una nueva fase del capitalismo pero sí una “retórica”, evocada por los gobiernos para justificar su sometimiento voluntario a los mercados financieros. Lejos de ser, como tantas veces se ha dicho, la consecuencia fatal del crecimiento de los intercambios internacionales, la desindustrialización, el aumento de las desigualdades y la contracción de las políticas sociales resultan de las decisiones de una política interna que refleja el desequilibrio de las diferencias de clase a favor de los dueños del capital⁷.

Al imponerle al resto del mundo unas categorías de percepción homólogas de las estructuras sociales, los Estados Unidos readecuan el mundo a su propia imagen: la colonización mundial que se realiza a través de la difusión de estos conceptos ambiguos sólo puede conducir a una especie de “Consenso Washington”, generalizado y hasta espontáneo, tal como se observa hoy en día en materia de economía, filantropía o de aprendizaje de la gestión. En efecto, ese discurso doble que, fundado en la creencia, imitando la ciencia, superimponiendo al fantasma social dominado la apariencia de la razón (especialmente la económica y politológica), está dotado de un poder de hacer ver las realidades que pretende describir, según el principio de la profecía autorrealizable: activo en los espíritus de los responsables políticos o económicos y de su público, sirve a la vez como instrumento de construcción de las políticas públicas y privadas, y como instrumento de evaluación de las mismas políticas. Como todas las mitologías de la edad de la ciencia, la nueva *Vulgata planetaria* se apoya en una serie de oposiciones y equivalencias que se sustentan y responden, para desteñir las transformaciones contemporáneas de las sociedades desarrolladas: desactivación del compromiso económico del Estado y refuerzo de sus componentes policiales y penales, desregulación de los flujos financieros y desencajamiento del mercado de empleos, reducción de las protecciones sociales y celebración moralizante de la “responsabilidad individual”:

| Mercado | Estado |
|--|--|
| Libertad Abierto Flexible Dinámica, móvil Futuro, novedad Crecimiento Individuo, individualidad Diversidad, autenticidad Democrático | Contrato Cerrado Rígido Inmóvil, fijo Pasado, reconocido Inmovilidad, arcaísmo Grupo, colectivismo uniformidad, artificialidad Autocrático (“totalitario”) |

⁶ Leer Keith Dixon, *Les Évangélistes du marché (Los evangelistas del mercado)*, Raisons d’agir Editions, 1998.

⁷ Sobre la “mundialización” como “proyecto americano” que pretende imponer el concepto del “valor acción” de la empresa, Cf. Meil Fligstein, “Rhétorique et réalités de la ‘mondialisation’”. En *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, Paris, N° 119, septiembre 1997, pp. 36-47.

El imperialismo de la razón neoliberal encuentra su realización intelectual en dos nuevas figuras ejemplares del productor cultural. Primero, en el experto, quien prepara, en la oscuridad de los pasillos ministeriales o con la complicidad de los *think tanks*, documentos de alta calidad técnica, traducidos lo mejor posible a un lenguaje económico y matemático. Luego, el consejero de comunicación del príncipe, tráfuga del mundo universitario al servicio de los dominantes, cuya misión es poner en términos académicos los proyectos políticos de la nueva nobleza del Estado y de la empresa, cuyo paradigma planetario es, sin duda alguna, el sociólogo británico Anthony Giddens, profesor en la Universidad de Cambridge, recientemente ubicado a la cabeza de la London School of Economics, y padre de la “teoría de la estructuración”, síntesis escolástica de diversas tradiciones sociológicas y filosóficas.

Podemos ver la encarnación por excelencia de la campaña de la razón imperialista en el hecho de que la Gran Bretaña, ubicada por razones históricas, culturales y lingüísticas en una posición medianera, neutra (en el sentido etimológico, *neuter*, ni lo uno ni lo otro), entre los Estados Unidos y Europa continental, haya entregado al mundo ese caballo de Troya con dos cabezas, una política y la otra intelectual, en la dualidad de Tony Blair y en Anthony Giddens, “teórico” autoproclamado de la “tercera vía” que, según sus propias palabras, citadas al pie de la letra: “adopta una actitud positiva frente a la mundialización”; “intenta (*sic*) reaccionar ante las nuevas formas de la desigualdad”, pero advirtiendo de entrada que “los pobres de hoy no se parecen a los de antes (igual que los ricos no se parecen a como eran en otros tiempos)”; “acepta la idea de que los sistemas de protección social existentes, y la estructura de conjunto del Estado, son también parte de la fuente de los problemas, y no solamente la solución”; “subraya que el hecho de que las políticas económicas y sociales están ligadas” para afirmar contundentemente que “las inversiones sociales deben ser evaluadas en términos de sus consecuencias para la economía en su conjunto” y, finalmente, se “preocupa ante los mecanismos de exclusión” que descubre en “lo bajo de la sociedad, aunque también en lo alto (*sic*)”, convencido de que “redefinir la desigualdad con respecto a la exclusión en estos dos niveles” está “conforme a una concepción dinámica de la desigualdad⁸. Los maestros de la economía pueden dormir tranquilos: han encontrado finalmente su Panacea.

⁸ Estos fragmentos provienen del catálogo de las definiciones escolares de sus teorías y miradas políticas que propuso en el rubro de “FAQs (Frequently Asked Questions: Preguntas frecuentes)”, en su sitio de Internet: <www.lse.ac.uk/Giddens/>